

NOVELAS DE CYNTHIA RIMSKY

Jorge Guzmán
Universidad de Chile
jorgehgzmanch@yahoo.com

Todos sabemos que las novelas no se hacen con ideas, sino con palabras. Pero también es manifiesto que sin ideas tampoco se hacen. Las cuatro que hasta ahora ha publicado Rimsky tienen las dos cosas: por un lado están llenas de atractivos estilísticos y manejos originales de la técnica narrativa, lo cual es organización estética de palabras; por el otro, asumen frontalmente varios de los problemas que oponen a los pensadores y tienen resonancia en las vidas de todos, cultos y no cultos: preguntas sobre la identidad, sobre los orígenes, sobre la significación, sobre el sentido de la vida humana, sobre la pertenencia, sobre las relaciones entre ciencia y religión. En otras palabras, son narraciones que satisfacen el sentido estético literario y lo enlazan visiblemente con la presentación de preguntas que todos, cual más, cual menos, sentimos parte de nuestra realidad personal.

Estos relatos de Rimsky tienen una bienvenida diferencia con los productos literarios hechos para el mercado en sus formas más modestas. Aprovecho la ocasión que las obras de Rimsky me dan para traer agua a mi molino. Ha sido y es mi esperanza que se reponga en la literatura un criterio de calidad, no cantidad. Parecería necio, por cierto, pedir que los escritores no aspiren a ser leídos por el mayor número posible de lectores. Lo que yo preferiría ver cambiados son los medios que se usan para conseguirlo, medios rebajantes: hacer los textos cada vez más simples, con menos innovaciones, menos riqueza lingüística, con más recurso al interés sexual o a la propensión a lo horrible, más pobres de ideas. Por eso me parece excelente la aparición de esta novelista en la escena nacional; no ha cedido a la tentación del éxito fácil.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FORMALES

Creo que todo lector encontrará en cada una de las cuatro novelas una sucesión incesante de imágenes clarísimas, lo cual para mí, es condición absolutamente necesaria para que una narración sea disfrutable. Si el texto no consta de imágenes claras, aburre o molesta. Sin embargo, esta cualidad no puede ser objeto de descripción ensayística; en este caso, quien quiera comprobar lo que digo, necesita ir a los libros. Por orden

de aparición son *Poste restante*, Sudamericana, 2001; Sangría 2010, Lastarria, 2012; *La novela del otro*, Edebé, 2004; *Los perplejos*, Sangría, 2009, y *Ramal*, FCE, 2011¹.

Cuando empecé a pensar en escribir estas notas, lo hice con la impresión de que todas estaban escritas en persona “yo”, pero a una segunda lectura hallé que mi recuerdo estaba muy equivocado. Lo cierto es que la primera, *Poste restante*, está contada por un hablante básico que es “él” o “ella”, porque no está representado, pero da razones para pensar que es femenino, especialmente porque el personaje central se llama “Cynthia Rinsky” y porque parte del libro son textos de su diario de viaje. La segunda, *La novela del otro*, tiene dos hablantes básicos; uno es “yo”, una mujer que vuelve a Chile a fines de los 90, y trata de encontrar a su hermano Moris, que dejó a la familia en México en 1980, y parte de la narración se hace con citas de sus anotaciones; el otro narrador es un “él”, no representado, es decir, solamente una voz. Solo en la tercera, *Los perplejos*, efectivamente hay únicamente dos hablantes básicos que son ambos “yo”, y alternan en la narración: Maimónides, el famoso filósofo judío cordobés del siglo XII que cuenta su propia historia en diferentes lugares donde vive o que visita antes y durante su exilio de España, y una narradora de la actualidad que ha ganado una beca chilena para escribir una novela sobre Maimónides. En la cuarta, *Ramal*, el narrador es un “él” no figurado, al cual el lector siente, como es natural, responsable y origen de la narración. Cuando las leí por segunda vez y otras, me pregunté qué me había hecho pensar que todas menos la última estaban narradas en primera persona. Lo cierto es que la lectura de las cuatro deja una impresión estética unificante. Se las siente como pertenecientes a una sola intención tanto de estilo como de sentido.

Es mi parecer que la explicación de mi error está en características del modo narrativo. Entre ellas predomina el uso continuo del tiempo presente. Lo narrado es contemporáneo de la narración. A los hablantes solo les interesa presentar los ambientes, las situaciones, los personajes, los pensamientos suyos o de ellos. Más ceñidamente, es la mirada de los narradores y los ecos reflexivos y afectivos en sus propias conciencias de lo que están viendo y oyendo. Este uso prácticamente exclusivo del presente me parece digno de atención cercana. Que se nos muestren los objetos del mundo narrado como contemporáneos del discurso narrativo, contribuye a que las sucesivas escenas se presenten con toda la variedad de la mirada real de cualquiera que hubiera estado presente en el lugar de las acciones,² y que el lector siente que es la misma con que él se mueve por el mundo. Esto hace que las novelas muestren una forma de realismo que a mí me resulta muy novedosa, que es la de la percepción y sus concomitantes

¹ De aquí en adelante *Poste restante*, *La novela del otro*, *Los perplejos* y *Ramal*, respectivamente.

² Pero no del todo; a veces el narrador tiene más conocimiento del mundo narrado del que tendría un testigo, pero son pocas y no alteran la operación del texto sobre el lector.

cognitivos y afectivos, que me parece ser, realmente, la manera en la que vamos cotidianamente mirando y oyendo.

Los textos son interesantes frase por frase, y sin necesidad de recurrir a los resortes habituales que activan el interés del lector. De hecho, uno de los grandes méritos que me parece encontrar en estas novelas es haber hallado una solución al problema de todos los escritores actuales, que nos encontramos con un dialecto narrativo tan acuñado y tan poderoso, que hace a muchos contemporáneos recurrir al absurdo o a la violencia para no caer en el habitual lenguaje novelesco que nos oprime. Rimsky muestra cosas perfectamente normales, pero su estilo las libra de la cadencia cansadora que amenaza a cada escritor en cada párrafo. Y eso en parte proviene del uso del presente en todos los textos.

Otro componente del modo narrativo que es característico de las cuatro novelas y las aún, es que en todas, la posición y distancia del narrador respecto de lo narrado son las mismas: el narrador está en relación inmediata con el mundo narrado, tanto espacial como temporalmente. Como cuentan en presente, leemos lo que ellos ven y oyen en el ahora de cada discurso, más lo que piensan y sienten al ver y oír. Esto se manifiesta especialmente en un rasgo estilístico de Rimsky. Ya desde PR, utiliza profusamente la enumeración, a veces de sintagmas sustantivos, a veces de frases enteras, y a veces con resultados sorprendentes. Pongamos ejemplos.

A las ocho de la noche la ciudad está cerrada: tiendas de souvenirs, mezquitas, sinagogas, iglesias ortodoxas, católicas, la bóveda donde está enterrado Cristo, las piedras basales, restaurantes griegos, armenios, italianos, tiendas de alfombras, pastelerías, panaderías, el hombre que vende humus. (*Poste restante*, 82).

Es claro que estamos leyendo una descripción de lo anunciado, la Ciudad Vieja de Jerusalén, pero de manera muy novedosa. La enumeración de lo que ya **no** está disponible a esa hora, es el modo de presentar parte de Jerusalén y hacer que el lector obtenga una imagen vívida de lo que ofrece la ciudad cuando **sí** están disponibles las cosas que forman en el día la vida cotidiana; la enumeración se comprende fácilmente, porque el lector sabe lo que son todos los elementos mencionados, con la excepción, para mí, de esas “piedras basales”, que sin embargo, me son muy significativas, porque eso no puede estar cerrado ni tampoco “el hombre que vende humus”. Lo que comparte el narrador con el lector es su impresión de que todo está vuelto sobre sí mismo a esa hora, ensimismado, no disponible. Por el recurso del tiempo presente, se consigue significar a la vez la ausencia que se está viendo y la presencia diaria de las cosas cuando está todo abierto. La tranquilidad de las horas de descanso y la actividad de las horas de trabajo. Todo en una sola enumeración. Me parece un importante logro estilístico.

Por el mismo método enumerativo, se asoma a veces la lectura a las percepciones y los pensamientos o sentimientos de un personaje, además de implicar su acción: “Caminar es una forma de pensar la ausencia de la panadería, la carnicería, el taller del carpintero, del relojero, del zapatero, la barbería, la sastrería, la sombrerería, la

calle de Abbas, el-Bali, la casa, el río.” (*Los perplejos*, 166). Esta lista de cosas que no están, es la manera de decir lo que el personaje echa de menos mientras camina por una ciudad donde faltan las tiendas y “Abbas, el-Bali, la casa del río”. Es decir, es una forma de expresar gallardamente las evocaciones nostálgicas del personaje al recorrer un lugar donde no vive.

En las narraciones en tercera persona se mantiene esta predominancia y significatividad de las enumeraciones. Con el mismo vehículo Rimsky consigue decir y hacer entender el contenido de la mente de un personaje y las pequeñas acciones que lo rodean:

Tras una vuelta a la manzana cuenta a cuatro jóvenes que beben cerveza de una botella de un litro en un solo vaso, a dos mujeres tiasas y sin habla que empujan rutinariamente la pelvis contra una vieja máquina videojuegos, a un matrimonio de mediana edad que espera en silencio a que la heladera termine de conversar para pedir el sabor que no tienen en casa, a un niño de la edad de su único hijo que pide monedas con la mano fuera de la frazada que lo envuelve; en sus dedos sostiene un cordel, del cordel cuelga una llave. (*Ramal*, 21).

Primero, la enumeración contiene un elemento extraño, el de las mujeres y el videojuego. No es imposible que en un pueblucho medio campesino y venido a menos dos mujeres estén operando una de esas máquinas. Sin embargo, es insólito, y por serlo, le da al lector una imagen más vívida del ambiente que rodea al personaje. Segundo, hay componentes de la enumeración que no pueden ser pensamientos suyos, sino que corresponden al narrador, como saber que dos clientes de una heladería quieren un sabor “que no tienen en casa”. Los narradores de Rimsky, poseen una omnisciencia de lo inmediato que penetra incluso en la realidad íntima de personajes desconocidos, pero sin abandonar el presente. Es frecuente que este conocimiento del narrador se utilice para mostrar lo que no vería un testigo de la acción. Está incorporado a la presentidad de los textos, y la refuerza en lugar de entorpecerla. Esta me parece ser otra de las virtudes de las novelas: utilizan medios conocidos, pero dislocados de su función habitual, y así, más atractivos de lectura por originales.

Al uso del presente y de las enumeraciones, se agregan las frases breves y cotidianas para incrementar la claridad de las imágenes y la cercanía entre el mundo narrado y el lector. La vivacidad propia de estas frases y su fácil comprensión se asocian a las otras dos características para cumplir lo que parece ser la intención del autor manifiesto en las cuatro novelas: acercar cuanto sea posible el mundo narrado al lector. Y las tres funcionan muy bien cuando la posición y distancia del narrador es tan corta espacial y temporalmente que permite incluso sentir con él lo que ve y lo que oye el personaje o él mismo.

Por cierto que se podría alargar mucho el análisis del modo narrativo de estos textos, pero quiero detenerme aquí porque creo que las tres características aducidas son una de las mayores contribuciones de la autora al movimiento de la narrativa chilena

actual. Al decirlo, me doy cuenta también de que las bondades de cualquier texto excelente rebasan de lejos la capacidad del análisis conceptual de cualquier método.

POSTE RESTANTE

Es la primera de las cuatro, y desde el mismo comienzo se advierte que el componente conceptual es importante en el texto. La novela narra un largo viaje de ida y vuelta que realiza una mujer joven judía de Santiago a Santiago, pasando por lugares de Europa, África y el Medio Oriente. Lo que motiva su empresa es, en suma, el azar. Pero lo no tan azaroso es que ella haya encontrado en un mercado persa –eso que los franceses llaman mercado de las pulgas– justamente el objeto que pone en movimiento su conciencia de nieta de judíos, es decir, de ser de alguna manera, inmigrante (el texto dice “emigrante”): un álbum con fotografías de una familia europea en vacaciones con unas cuantas palabras incomprensibles, entre las cuales halla su propio apellido, pero con una ligera variante, “Rimski”. Eso le despierta la necesidad de responder varias de las preguntas conceptuales y existenciales de cualquier persona culta actual, pero en ella resultan suscitadas sobre el fondo de las respuestas ya formuladas por el Estado de Israel y sus sostenedores en el mundo, es decir, por los sionistas. Todos tenemos una suerte de necesidad de conocer nuestros orígenes; todos tenemos dudas sobre el lugar de nuestra pertenencia; todos encaramos un mundo donde la presencia de Dios y su manera de actuar es problemática; todos tenemos dudas sobre qué forma un pueblo y sobre si existe o no existe tal cosa. La posición sionista oficial tiene las cuatro ya respondidas. El origen del judaísmo es la voluntad de Dios, cuya existencia es, entonces, indesmentible, y su manera de actuar es proteger al Estado de Israel y darle predominio sobre todos los otros. Y eso hace que ciertamente haya un pueblo, el pueblo judío, escogido por Dios, y al que pertenecen todos. Cuando termina la novela, las cuatro respuestas han sido negadas expresa o implícitamente. Ninguna vale para el personaje. Primero, no cree en Dios; hacia el final del libro, en su diario de viaje se reproduce (232) un diálogo entre ella y uno de los muchos personajes que conoce brevemente en los lugares que visita, en este caso, un simpático creyente.

Do you believe in God? –me pregunta.

No.

Why? –menea la cabeza dolido–, Why?

Why not?

Y con esa negación, las demás respuestas se anulan por sí solas para ella y para algún otro personaje. Una corresponsal le escribe desde Chile, y juzga “Creo, por lo que me cuentas, que el judaísmo como sionismo es más una ideología (nacionalista y por lo tanto cagona como cualquier otra de ese tipo) que un torrente cultural y

sanguíneo” (108). Lo cual no implica, por cierto un rechazo al judaísmo, sino solo una problematización, para la cual se propone un contenido. Otra corresponsal le cuenta que tiene “un amigo” que piensa justamente sobre lo que tú mencionas en tu carta de la ética judía: honestidad, estilo de vida, verdad” (91).

La búsqueda de “Cynthia Rimsky” fracasa en cuanto no encuentra la respuesta que espera. No consigue hallar ni el lugar de origen de su familia, ni parientes que vivan en ninguno de los lugares que visita. Pero sí que encuentra afirmaciones que son respuestas válidas para su problema existencial. Concluye en que ella es una chilena, hija de inmigrantes y que le cumple vivir aceptando que su historia es solo la que conoce. Pero en el proceso de conseguir esta aceptación ha pasado varios meses en un largo viaje por medio mundo y ha entendido que ser judía consiste en “honestidad, estilo de vida, verdad”, no en la lectura de libros ni en la creencia en un Dios. Esto está refrendado por una suerte de parábola: la historia de un judío a quien conoce en su paso por Jerusalén, creyente, pero que abandonó el estudio de Las Escrituras, trabaja en la IBM y piensa haber contribuido a mejorar el mundo porque formó una familia, tiene “hijos, y [va] a educarlos como buenos judíos, honestos, que hagan el bien” (p. 86). El viaje de búsqueda, en suma, ha sido exitoso. El personaje encontró su lugar, Santiago, Chile; allí pertenece; no cree en Dios y su identidad judía es cuestión de vivir éticamente. Y esto es un rasgo narrativo que se repite en los libros de Rimsky: casi invariablemente sus personajes no llegan a la situación o el lugar que imaginaban como su objetivo, pero alcanzan otros lugares que satisfacen sus dudas básicas, a menudo en la forma de la desilusión.

Y la hermosura de *Poste restante* es la riqueza de ideas y de imágenes que aparecen para el personaje y para el lector que la acompaña en su viaje hacia el origen. Es decir, el lector va con el personaje-autor-narrador, movidos ambos por grandes preguntas, y llevados en una incesante serie de imágenes lingüísticas claras, originales y atrayentes, que despliegan la heterogeneidad y misterio del mundo.

LA NOVELA DE OTRO

La segunda, *La novela del otro*, cuenta de nuevo dos empresas de búsqueda: la del hermano de la narradora, Moris, que volvió del exilio familiar en México en el año 80 en busca de un título en Economía, que no consigue, porque persigue un nuevo objetivo, el éxito editorial con una novela; pero lo quiere en sus propios términos, sin respeto al medio en el que se mueve y, naturalmente, falla. La otra es la de ella, que viene a Chile desde México en busca del hermano hacia comienzos de los 2000 y tampoco lo encuentra. También la narración está en presente. Pero aquí hay, como dijimos, dos hablantes básicos: ella misma y un “él”.

Predomina un recurso que ya apareció, pero como rareza, en *Poste restante*: los nombres de cuatro personajes principales, más el de la autora-narradora –personaje,

constan de solo una letra. Ellos son B, A, R y Á. Del de ella solo sabemos que su inicial es H. Esto que en manos de un autor menos diestro se prestaría a confusiones, aquí no las produce en absoluto. Tenemos la imagen de B, que vive en Santiago, mujer de cuarenta, promiscua, culturalmente muy importante, muy dada al alcohol. La de A, que vive en La Serena, es escultora, madre de un hijo, en continua indignación porque sus obras no tienen reconocimiento oficial, aunque parecen ser muy buenas, según lo que ella dice que comentan las gentes del oficio privadamente, cosa que de algún modo refrenda Moris al examinar algunos grabados juveniles de ella durante los muchos días y noches que pasan juntos mientras duran sus amores. La de R, editor de la novela de Moris en 1966, abogado, izquierdista antes del golpe militar; se dice que luego fue informante de la dictadura y decano de una Facultad de Letras, muerto de infarto en 1990. Y la de Á, exiliada y doctorada en Francia, de donde regresó antes de las elecciones; en Santiago empezó en una ONG con un taller sobre Foucault; ahí la conoció Moris, y por su influencia decidió abandonar la Economía y dedicarse a las letras; para 2000, ella se ha convertido en una intelectual ilustre que recibe muchos libros para que los informe, y H la visita para pedirle algún ejemplar de la novela que publicó su hermano Moris, que no encuentra.

Las empresas de los hermanos H y Moris, nos llevan geográficamente entre Caleta Hornos (La Serena) y Santiago. También son de familia judía, pero eso es solo un dato anecdótico, no interviene, a mi juicio, en determinar el sentido de la novela, aunque se puede pensar que fue su apego a la moralidad judía básica de Moris lo que determinó su fracaso editorial. Pero ahora, en lugar del vasto panorama de preguntas esenciales que llevan al lector y al personaje de *Poste restante* en un viaje enorme, hay otra dimensión. Lo que va apareciendo mientras ellos se mueven, es el mundo cultural chileno de los 80 en adelante. Y es la realidad desoladora de unos intelectuales que caen en un marasmo de sexo, alcohol y cultivo de su propia importancia (B); que impiden el triunfo de público de sus colegas de calidad (los escultores y promotores que rodean a A); que traicionan sus adhesiones políticas y arruinan las posibilidades de libros buenos (R); que se entregan al mercado del todo (Á). Y lo mismo que en la primera, en esta novela asistimos, en presencia de lectores, a los detalles diarios de las vidas de estos personajes.

Para entender el enigmático título, se me ocurren dos explicaciones. Es la primera, que Rimsky quiso excluirse del mundo decaído donde pululan los intelectuales que presenta su novela, por considerarlos “otros”. Y es la segunda, con más fundamento textual, pero aún, que quiso contar los afanes de Moris en los 80 y los 90, es decir, apropiarse de la vida de “otro” en un libro, alguien abrumado por el ajetreo artístico de esos años: “O pretendo escribir una novela apropiándome de los protagonistas de una vida que no es la mía” (131). También otra lectura incorpora el título a la ficción, porque responde al deseo de escribir la novela inhallable de Moris; en efecto, revisando los papeles del hermano ella encuentra “apuntes destinados a reescribir un libro”,

donde aparecen las letras B,A,R,Á, y piensa que esos “son los personajes de la novela de Moris” (29), y en efecto, cuatro de los seis capítulos de la novela de ella se llaman con esas cuatro letras; ella habría escrito, entonces, el libro del hermano.

LOS PERPLEJOS

El lector ha de viajar otra vez, pero no solo de Santiago a Córdoba y de Córdoba a El Cairo, sino incluyendo otros lugares en su ruta, sin más razón que el capricho del personaje. La novela, además, salta continuamente del siglo XII al XXI. Y este doble viaje será otra vez una aventura textual muy placentera. En uno acompañará a un Maimónides de ficción, pero filósofo, exiliado y judío, lo mismo que el famoso personaje histórico. En el otro a una escritora, judía del siglo XXI, mientras trabaja en una novela sobre Maimónides financiada por el Estado chileno o simplemente viaja, cuando al cabo de cuatro años no ha conseguido escribir la novela. Agreguemos que se entremezclan inteligentemente y están bien contadas y con originalidad. Características ambas que me parecen presentes en todas las novelas de Rimsky.

Me complace decir que tengo especial predilección por esta novela, porque contiene proposiciones sobre un tema que me interesa casi obsesivamente, el de los signos y el de la lectura.

Me dicen que un serio crítico universitario sostiene en un artículo que no he leído, que la novela es para académicos. Hallo ambiguo el término “académico”. A veces se usa para alabar un esfuerzo artístico. A veces, para indicar que padece de “elitismo”. A mí, la problemática rica en ideas que sostiene el libro y su desarrollo en dos historias, me parece un signo alentador. Quizá estén empezando a reponerse los buenos prejuicios estéticos, uno de los cuales es que hay trabajos literarios excelentes por forma y por contenido. Y creo que uno de ellos es *Los perplejos*. Me parecería ambiguo e injusto para los lectores decir que los libros buenos están destinados a las “elites”. Todos pueden leer cualquier novela si solo tienen incentivos importantes para hacerlo y el hábito de la lectura. Conozco a personas que trabajan en ventas de pescados y mariscos y que leen con placer y entienden perfectamente buenas novelas.

He leído *Los perplejos* más de una vez y estoy convencido de que se trata de una narración excepcional. Pero no quiero hablar de ella en términos literarios solamente. Sin duda, está basada en dos problemas simplemente enormes: uno es el de la relación entre las palabras y la realidad, y el otro, el de si es posible que alguien llegue al significado mayor de un libro –Dios, para Maimónides– y luego pueda comunicarle a otros lo que encontró. Ambos problemas constituyen el interés del filósofo Maimónides y de la autora Rimsky.

Sobre la primera relación, entre palabras y realidad, se sabe que hay posiciones muy varias sobre el tema. Pero casi todas aceptan que para las narraciones hay cuatro niveles de comprensión, cada uno más general y más profundo que el anterior (literal, moral, alegórico y anagórico).

Relacionado con eso está lo que dijo Saussure, que los signos lingüísticos son arbitrarios (solo algunos religiosos lo dudan actualmente). Es decir, que no hay relación necesaria entre una palabra y su significado. No la hay, por ejemplo, entre la palabra “perro” y ese animal que todos conocemos. La prueba es simple: en alemán, se llama “Hund”; en inglés, “dog”, y en otras lenguas de otras maneras. Si se pone atención a esto, se abre un verdadero precipicio entre el hombre y las cosas. Si es verdad que no hay relación necesaria entre las palabras y las realidades que designan, es que vivimos invariablemente en el mito. Es decir, una de las características centrales de los humanos es que somos lingüísticos; por lo tanto, si no podemos tener confianza en la relación entre lenguaje y realidad, la empresa de existir y proponer fines se hace muy problemática. Y las culturas basadas en el libro (la judía, la cristiana, la mahometana) se llenan de muchísimos problemas.

La segunda relación (entre entender y enseñar) proviene de la creencia religiosa de que no hay tal arbitrariedad, y que se puede acceder al significado profundo de los libros, a la verdad, al nivel anagógico. Las culturas que creen eso piensan que algunos poquísimos sabios alcanzan ese nivel de lectura. De ahí otro problema: ¿pueden comunicarla? Y si pueden, ¿a cuántos y para qué? No es fácil contestar. Por desgracia, hoy casi todos contestan que no existe, y que de existir, no habría manera de comunicarla, y que encima, no sirve para nada.

Los perplejos está sostenida por la presencia de estos problemas. Alguno de sus personajes cree que la lectura más profunda asegura la identidad y la continuidad del pueblo judío. Algún otro cree, al revés, que manteniendo a todos reducidos al significado literal, que es el más superficial de todos y el menos seguro, pero el más accesible, se consigue lo mismo.

Por cierto que una novela que acoge estos enormes problemas, no es fácil de juzgar. Lo más a la mano es llamarla “académica”. A mi entender, es por respeto a los lectores que Rimsky escribe narraciones que se mueven en ese territorio de la problemática humana. Bienvenido respeto.

Yo diría que en definitiva, lo que espera en *Los perplejos* al lector respetuoso (y que se sabe respetado) es la posibilidad de entrar en relación con el enorme problema de los signos humanos. Vivimos entre signos y de signos. Y en un mundo tan inquietante como el nuestro, proponerse los problemas consiguientes es una ganancia grande.

Quien lee *Los perplejos*, acompaña a una autora-narradora en un viaje por la significación y también por el espacio del mundo. Ella está, además, motivada por una apasionada adhesión al libro y la palabra. En suma, *Los perplejos* dice que es posible que no haya paso seguro entre las palabras y las realidades; pero si alguien consiguiera alcanzar la verdad a través del libro, quizá con eso no pueda servirle a su comunidad para mantener su identidad y quizá tampoco se beneficie mucho a sí mismo. Sin embargo, leer es la empresa mayor que pueda emprenderse. La paradoja implícita que hay en reconocer la enorme importancia de los signos y la lectura y al mismo tiempo

dudar si se trata o no de realidades inaccesibles o inútiles, es quizá la quebradura donde se ha instalado la creencia hoy general de que los textos deben apuntar a los lectores que no saben realmente leer y solo buscan entretención.

El título, *Los perplejos*, cita una obra aclamada de Maimónides, *Guía de los perplejos*, pero extiende el término a todos nosotros, los que vivimos tratando de confiar en los signos, en los proyectos que formulamos con ellos, en que podemos describir un futuro personal y comunitario que nos parezca bueno y conseguirlo, en que no sabemos cómo. Y por eso tememos, por la experiencia histórica y la cotidiana, que quizá eso no pueda conseguirse, porque hay demasiada distancia entre las palabras y la realidad.

Por cierto que habría muchas maneras de abordar narrativamente estos temas. En la novela están acotados por la narración del problema que motiva a Maimónides y es la relación entre Dios y los judíos, y el hecho de que ellos, el pueblo elegido, hayan sufrido un largo maltrato histórico que ahora (siglo XII) lo incluye a él. En efecto, tanto judíos como cristianos han caído en la España de entonces bajo el mandato musulmán de convertirse al Islam, so pena de ser exiliados y perder sus casas y sus bienes. La meditación de Maimónides tiene como referente el Libro de Job. ¿Por qué permitió Jehová que sufriera gravísimas aflicciones, siendo así que él mismo lo considera “perfecto y recto”? La respuesta debe ser aplicable a todos los judíos. Y Maimónides la encuentra en medio de una tempestad espantosa. Mientras olas enormes desarbolan y zarandean el barco, el filósofo encuentra la respuesta: la grave falta de Job fue no haber buscado y encontrado a Dios en las Escrituras. No se dice, pero se subentiende que la salvación del conjunto de los judíos está en la lectura profunda de las Escrituras y a eso aplica Maimónides el resto de su vida. Sin embargo, el lector que ha seguido su empresa durante toda la novela, se encuentra al final con que el mismo filósofo que al principio se niega a ser designado Rabino, porque rechaza la posibilidad de recibir dinero por sus esfuerzos religiosos, acepta su nombramiento como Gran Rabino. Además, siendo así que cree haber llegado a la lectura más profunda y sabiendo que ese hallazgo se le puede comunicar a un solo discípulo, cuando encuentra al joven Rafael y lo recibe para enseñarle el arte de la lectura, no consigue retenerlo a su lado, y aunque ofrece seguir su enseñanza por carta, jamás le manda las que le escribe. Hacia el final, el propio Maimónides dice “me detengo en el puerto: en todos los lugares mis ojos se encuentran con el error. El error me mira y me dice que de nada vale que haya descubierto el camino que conduce a la palabra” (360). Lo que equivale a declararse derrotado en su propósito de enseñar el camino de la verdad a los judíos. Solo a la muerte del filósofo, Rafael encuentra las cartas no enviadas, y la narración que hace la novela sobre su lectura no registra una iluminación, sino simplemente el conocimiento de esas cartas. El contraste con el estado de conciencia expandida con que las había escrito el filósofo (371s.) es completamente ajeno a la que alcanza el discípulo al leerlas.

En la otra historia, la de los trabajos de la autora para escribir la novela sobre el filósofo, se encuentra con que en un Congreso sobre Filosofía Medioeval reunido en Córdoba (la ciudad natal de Maimónides) y donde ella esperó encontrar información, nadie sabe realmente nada serio sobre el tema y los congresales son profesores de cualquier cosa, hasta de matemáticas, que han acudido principalmente como un pretexto para turistar, y no tienen nada que enseñarle sobre lo que le interesa. Y el resto de su persecución de las huellas del filósofo es un puro vagabundaje sin resultado, en cuanto ella ni siquiera puede estar segura de que los lugares que visita son los que él realmente recorrió. En el camino, además, a los cuatro años de iniciar su trabajo, llega a una conclusión que quita sustento a la intención del filósofo de ayudar a su pueblo, por lo menos a los ojos de ella. Abandona su computador que la “ha acompañado durante estos cuatro años en los que [ha] intentado escribir una novela para la que [se sintió] llamada, no por un **pueblo**, ya que no hay **pueblo**” (186, yo destaco)³.

En conclusión, el libro es la hermosa huella de dos empresas, una fracasada, la de Maimónides, y la otra exitosa, la de ella. Siguiendo ambas, ha llevado al lector por un desfile de ideas interesantísimas: la relación entre ciencia y religión, posibilidad de una lectura que rebasa incluso el nivel alegórico y moral de los textos y alcance hasta la palabra misma con todo su enigma, que permite asimilar el paso siguiente y final con alcanzar a Dios, la relación entre el saber y la felicidad, entre la lectura y el sentido.

El título del libro es una especie de refutación del de Maimónides, que escribió una *Guía de perplejos*, y ocho siglos después, se llama simplemente *Los perplejos*. Es decir, no sirvió la “guía”.

Lo que ambos personajes han aprendido es, pues, la falta de utilidad trascendente y comunitaria de la mejor lectura. Formalmente, creo ver esta conclusión reflejada en elementos de los finales del libro, que repiten elementos del principio y que le dan un sentido circular, es decir, implican que no ha habido mayor progreso en curar a los hombres de la perplejidad. En los comienzos de la novela, el padre de Maimónides le propone la lectura de una historia tomada de las Escrituras: un pozo muy profundo en que un hombre inteligente y sediento encuentra cómo llegar al agua: atando sogas y cordeles (35); poco después, el filósofo descubre el sentido oculto de la historia: el agua en las profundidades es la verdad; lo que hace un buen estudioso es “De palabra en palabra y de alegoría en alegoría, [...] llega al fondo del pozo” (53). Ese es el principio del aprendizaje del filósofo. Años después, su discípulo Rafael se enfrenta a

³ Existe un libro de un profesor de la Universidad de Tel Aviv, Shlomo Sand, que en español se llama *¿Cómo y cuándo se inventó el pueblo judío?* y fue publicado en el 2010, que sostiene lo mismo. Entiendo que hay versiones a varias otras lenguas, porque es un *best seller*.

la misma historia y encuentra la misma solución (336). En suma, un círculo; el mejor discípulo empieza en el mismo lugar que su maestro; no ha habido progreso.

Otros elementos del final sugieren la misma circularidad. Un “perplejo” espera al filósofo para que le solucione el problema que tiene con un vecino a quien acusa “de haberle robado la vista al mar” (367). Ocho siglos después, en el camino de Valdivia a Corral, ha sucedido lo mismo (91). Otro perplejo es una anciana que “ha descubierto al estudiante que aloja en su casa engañando a sus padres” (368); en el año 1999, en un pueblo de Montenegro ocurre lo mismo (267 y 268). Otro es uno que se dice pintor y no se sabe de dónde viene (368); se corresponde con un personaje de Montenegro (253 ss.). Otro “que se cree rey” (368); tal como el que sostiene lo mismo en 1999 (263 ss.) Esta circularidad de la novela refuerza las conclusiones de Maimónides y de la viajera. No hay progreso trascendente comunicable.

RAMAL

Creo que esta cuarta novela de Rimsky hace grupo con las anteriores, pero restringe mucho el ámbito de los movimientos de los personajes y la amplitud de sus problemáticas. Me parece ser ésta la novela de la negación. Formalmente los cuatro libros son iguales. En todos se cuenta la historia de personajes movidos por un propósito y la narración los acompaña en las acciones y progresos que realizan en el proceso de alcanzarlo. Los tres primeros tienen, por cierto, diferentes objetivos, pero su contenido son los avatares de su persecución: *Poste restante*, cuenta una búsqueda del origen familiar de una joven judía; *La novela del otro*, la de un exiliado que empieza por buscar su país y su vocación, y luego busca escribir una novela y conseguir éxito editorial, y la de su hermana, que quiere encontrarlo a él; *Los perplejos*, la de una joven judía chilena que quiere escribir una novela sobre un personaje histórico, también judío y del siglo XII, y la del personaje que quiere respuestas sobre la relación entre la lectura y su “pueblo”. Todas tienen éxito, pero completamente otro del que imaginan al comenzar su empresa y a menudo de un realismo desilusionado.

Creemos que la cuarta, *Ramal*, obedece a las mismas directrices generales. Empecemos por una característica de los personajes de las primeras, su judaísmo. El protagonista de *Ramal* parece ser una excepción, porque su apellido paterno es de origen español, Bórquez, pero el libro da claros indicios de que su abuelo casó con mujer judía, por lo que llamaron Salomón al hijo, y la madre respeta los “treinta días de duelo” (40), y el padre del protagonista, aparentemente también, porque a su muerte “De acuerdo a la tradición, fueron cubiertos los espejos” en la consulta dental de Maruri y en la casa del barrio alto (123). Los del barrio alto se descubrieron después del mes tradicional; los de la consulta quedaron cubiertos, porque León dejó el país durante nueve años, y a su regreso, el espejo seguía cubierto; él había olvidado la razón; pero recupera la memoria al descubrirlo. Creo que esos datos bastan para probar que León

es también judío, porque su abuela y su madre lo fueron. También es un indicio en el mismo sentido que durante toda la novela se lo llame “el que viene de afuera”, equivalente a “emigrante”, que es la condición de los protagonistas de todas las anteriores.

Otro carácter que iguala a *Ramal* con las otras tres es que también se trata de un protagonista que tiene un propósito y la lectura consiste en acompañarlo por las etapas de su cumplimiento, que también aquí termina en un fracaso: “el que viene de afuera” recorre el ramal contratado por el gobierno chileno para elaborar un proyecto turístico que salve el ramal ferroviario desde Talca a Constitución, en franca decadencia. La narración es ahora en tercera persona, pero siempre en presente. Cuando se atiende al sentido de la primera, esta cuarta es su negación. Al hijo de “el que viene de afuera”, de 12 años, “no le interesa conocer el lugar donde nació su bisabuelo Arnaldo” (43). También es una negación de las anteriores el hecho de que en *Ramal* el lector no acompaña al personaje en un viaje por lo desconocido, sino por la decadencia originada por desastres ecológicos. Todo el poverrío y la ruina de cuanto encuentra en los pueblitos que un día prosperaron por una agricultura sana y el turismo, han sobrevenido sobre el ramal por el establecimiento de una planta de celulosa en Constitución y la plantación de bosques de pinos. El ensuciamiento de la planta de celulosa ha ahuyentado a los turistas, y los pinos han detenido el crecimiento de los pastos que servían de forraje a los animales. La empresa de “el que viene de afuera” no lo lleva con el lector por un viaje a través del sentido, sino a través del sinsentido.

Finalmente, a mi entender otro indicio de que el ciclo se cierra es que la familia de Arnaldo, que huyó del pueblito de Colín, termina en ese mismo lugar por la muerte accidental de su bisnieto, arrollado por el tren para cuya salvación elabora un proyecto “el que viene de afuera”.

Hay una relación más que sugiere lo mismo. Son extraordinariamente semejantes los orígenes del protagonista de R a los del dentista de la primera de las cuatro, *Poste restante*, padre de Cynthia Rimsky, que tiene una consulta en la calle Maruri que jamás cerró, anunciada en la placa de bronce que su madre puso en la puerta el día de su graduación y él conservó. También el padre de “el que viene de afuera” es dentista, tiene consulta en Maruri y no la abandona. Misma calle, misma colocación de una placa de bronce sobre madera que encuentra a su regreso “el que viene de afuera”, pero sin el bronce que alguien se robó.

RESUMEN Y FINAL

Las cuatro excelentes novelas de Rimsky, me han hecho acompañar a los varios protagonistas en viajes por el tiempo y el espacio, en el vehículo de un lenguaje narrativo novedoso y sugerente. Los distintos viajes han sido orientados por una revisión de algunos de los muchos problemas existenciales y teóricos en que vivimos los hombres actuales. Han ubicado a la autora, para mí, en las posiciones que yo mismo

tengo respecto de muchos de los temas que actualmente dividen entre ellos tanto a los que piensan como a los que no.

Me parece que el grupo puede dividirse en dos. Uno formado por la primera y la tercera, y el otro por la segunda y la última. En el de primera, *Poste restante*, y tercera, *Los perplejos*, el centro de la narración y la problemática es el ser judío.

Los grandes problemas que nacen de la situación en el Medio Oriente, y que amenazan con cambiar gravemente el estado actual del mundo, tienen su centro en la relación entre los palestinos y el Estado de Israel. Por lo tanto, la primera y la tercera novelas, *Poste restante* y *Los perplejos*, contienen una manera de respuesta a la cuestión de si el sionismo sostiene sus pretensiones actuales sobre bases reales o no. Como dijimos, revisa las respuestas sionistas a las preguntas sobre Dios, sobre el pueblo judío y su destino, sobre el origen de ese pueblo y de cualquier pueblo. Las proposiciones que me parece ver en las dos novelas son contrarias a esas respuestas y equivalen a una toma de posición respecto del conflicto entre el sionismo y los palestinos. Ciertamente se pronuncian sobre la existencia y bellas positividades morales que constituyen realmente el ser judío. Y el conjunto me suscita un fuerte acuerdo.

La tercera, además, *Los perplejos*, propone otra vez al lector los enigmas del texto y la lectura que, como dije, me son centrales. Y me parece concluir en posiciones semejantes a las que prefiero. La novela realza la importancia enorme de textos y lectura, tanta que el personaje Maimónides tiene una verdadera iluminación pensando en los textos. Y sin embargo, la maravilla comienza y termina en él. No sirve directamente a ninguna comunidad la más grande comprensión lectora. Y encima, no es comunicable, sino, cuando mucho, a un solo discípulo. La novela está, pues, sostenida por la paradoja de la excelencia de leer: puede alcanzar la iluminación un individuo, pero no la comunidad a través de la experiencia de él. Con todo, el hecho mismo de que Rimsky siga escribiendo y proponga el tema, se me ocurre signo de que cree que leer es quizá la más grande fuente de experiencia omniabarcante que puede alcanzarse. Creo, por cierto, que la lectura matemática también puede llegar a ese maravilloso resultado. Y creo además, que una comunidad, como por ejemplo, la judía, encaminada hacia la lectura cabal, ofrece a sus miembros la posibilidad de experiencias muy hermosas. La primera cuenta la búsqueda de sus orígenes de una mujer joven, chilena y judía, y si bien fracasa en encontrar el objetivo que imagina, halla, en cambio, una bella explicación a su condición de judía; ella consiste en hacer el bien, criar niños de buenas costumbres, es decir, vivir de acuerdo a un sentido común igualitario y generoso.

La segunda, *La novela del otro*, y la cuarta, *Ramal*, también son, como propuse, empresas, pero la primera pone al lector en el mundo cultural de las últimas décadas, y también me complace por su posición implícita respecto a la evolución que ha tenido: la reprobación. En verdad, resulta iluminadora y acusatoria la descripción de los motivos, objetivos y conductas de los llamados creadores. Y la cuarta, *Ramal*, cuando acompañamos al protagonista en sus viajes por el ramal Talca-Constitución, presenciamos el

agostamiento de una pequeña región con vida alegre, agrícola y turística, convertida en un poverrío sin futuro ocasionado por el “crecimiento” que representa la instalación de una productora de celulosa en Constitución y el monocultivo de pinos en las riberas del río Maule. Nadie puede ser indiferente, en un país como el nuestro, de sistemas ecológicos tan delicados, a la destrucción ambiental que implican las empresas que manejan el gran capital.

Los cuatro libros, pues, me suscitan la conciencia del estado de inseguridad en que se encuentra hoy el mundo en relación con el término de los sentimientos que acompañaron a la cultura occidental desde la Ilustración en adelante. La caída de las humanidades, excepto la historia, el cambio de sentimientos que no hace mucho suscitaban palabras como “progreso”, “ciencia”, “tecnología”, “libertad”, “bien común”, dejan a todos entregados a fuerzas superiores a toda intervención que quiera cambiar el sistema para mejorarlo; lo único que puede hacer cada uno es defender, aisladamente, lo que consigue, sin atender al daño o sufrimiento de los demás. Se diría que estamos entrando en una nueva Edad Media, pero en ésta, Dios ha muerto.

Lo asombroso que consiguen las novelas de Rimsky es convertir la suscitación de tanto tema doloroso en una experiencia artística que deleita. Da placer acompañar a los protagonistas y los narradores en estos viajes, iluminadores, llenos de fracasos, pero también llenos de visiones hermosas y valores humanos.